

Francisco Fernández Carvajal

LA VERDADERA PUREZA

- La limpieza del alma.
- Santa pureza en medio del mundo.
- Pedir y poner empeño en que nunca quede manchado el corazón. Amor a la Confesión frecuente.

I. San Marcos, que dirigió primariamente su Evangelio a los cristianos procedentes del paganismo, hubo de explicar en diferentes pasajes ciertas costumbres judías, el valor de algunas monedas, etc., para que sus lectores comprendieran mejor las enseñanzas del Señor. En el Evangelio de la Misa¹ nos dice que los judíos, y de modo particular los fariseos, *nunca comen si no se lavan las manos muchas veces, observando la tradición de los antiguos; y cuando llegan de la plaza no comen, si no se purifican; y hay otras muchas cosas que guardan por tradición: purificaciones de las copas y de las jarras, de las vasijas de cobre y de los lechos.*

Estas purificaciones no se hacían por meros motivos de higiene o de urbanidad, sino que tenían un significado religioso: eran símbolo de la pureza moral con la que hay que acercarse a Dios. En el *Salmo 24*, que formaba parte de la liturgia de entrada en el Santuario de Jerusalén, se dice: *¿Quién subirá al monte de Yahvé y quién permanecerá en su lugar santo? El hombre de manos inocentes, de corazón puro...*². La pureza de corazón aparece como una condición para acercarse a Dios, para participar en su culto y ver su rostro. Pero los fariseos se habían quedado en lo exterior, incluso habían aumentado los ritos y su importancia, mientras descuidaban lo fundamental: la limpieza del corazón, de la cual todo lo externo era una señal y un símbolo³.

En esta ocasión, los fariseos y escribas que habían llegado de Jerusalén se extrañan al ver a algunos discípulos de Jesús *que comían los panes con las manos impuras, es decir, sin lavar; y preguntan al Señor: ¿Por qué tus discípulos no se comportan conforme a la tradición de los antiguos, sino que comen el pan con*

manos impuras? El Señor respondió con energía ante esa actitud vacía y formalista: *hipócritas -les dice-, dejáis a un lado los mandatos de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.* La verdadera pureza –las *manos inocentes* del Salmo 24 es algo más hondo y profundo que *manos lavadas*– ha de comenzar por el corazón, *pues de él proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, hurtos, homicidios, adulterios, codicias, maldades, fraude, deshonestidad, envidia, blasfemia, soberbia, insensatez.* Las acciones del hombre provienen primero del corazón. Y si este está manchado, el hombre entero queda manchado.

La impureza no solo se refiere al desorden de la sensualidad, aunque este desorden –es decir, la lujuria– deje una huella profunda, sino también al deseo inmoderado de bienes materiales, a la actitud que lleva a ver a los demás con malos ojos, con torcida intención, a la envidia, al rencor, a la inclinación egocéntrica de pensar en uno mismo con olvido de los demás, a la abulia interior, causa de ensueños y fantasías que impiden la presencia de Dios y un trabajo intenso... Las obras externas quedan marcadas por lo que hay en el corazón. ¡Cuántas faltas externas de caridad tienen su origen en susceptibilidades o en rencores depositados en el fondo del alma, y que debieron cortarse nada más aparecer!

Jesús rechaza la mentalidad que se ocultaba detrás de aquellas prescripciones, que con frecuencia habían perdido todo contenido interior, y nos enseña a amar la pureza de corazón, que nos permitirá ver a Dios en medio de nuestras tareas. Él quiere, ¡tantas veces nos lo ha dicho!, reinar en nuestros afectos, acompañarnos en nuestra actividad, darle un nuevo sentido a todo lo que hacemos. Pidámosle que nos ayude a tener siempre un corazón limpio de todos esos desórdenes.

II. La pureza de alma que pide el Señor a los suyos está lejos de una formalidad externa, de apariencias; nosotros no debemos «lavar» las manos y los platos y mantener manchado el corazón. La pureza de alma –castidad y rectitud interior en los demás afectos y sentimientos– tiene que ser plenamente amada y buscada con alegría y con empeño, apoyándonos siempre en la gracia de Dios. Esa limpieza interior, condición de todo amor, se va logrando mediante una lucha alegre y constante, prolongada a lo largo de la vida, que se mantiene vigilante por el

examen de conciencia diario para no pactar con actitudes y pensamientos que alejan de Dios y de los demás; es también el fruto de un gran amor a la Confesión frecuente bien hecha, donde nos purifica el Señor y nos llena de su gracia, donde «lavamos» nuestro corazón.

La pureza interior lleva consigo un fortalecimiento y dilatación del amor, y una elevación del hombre hasta la dignidad a la que ha sido llamado; esta dignidad de la persona humana, de la que el hombre tiene cada vez una mayor conciencia⁴, y de la que parece alejarse también en muchas ocasiones. «El corazón humano sigue sintiendo hoy aquellos mismos impulsos que denunciaba Jesús como causa y raíz de la impureza: el egoísmo en todas sus formas, las intenciones torcidas, los móviles rastreros que inspiran en tantas ocasiones la conducta de los hombres. Pero parece que en estos momentos la vida del mundo registra un hecho que hay que estimar como nuevo por su difusión y gravedad: la degradación del amor humano y la oleada de impureza y sensualidad que se ha abatido sobre la faz de la tierra. Esta es una forma de rebajamiento del hombre que afecta a la intimidad radical de su ser, a lo más nuclear de su personalidad y que, por la extensión que ha alcanzado, hay que considerar como fenómeno histórico sin precedentes»⁵.

Con la ayuda de la gracia, que el Señor nos concede si no ponemos obstáculos, es tarea de todos los cristianos mostrar, con una vida limpia y con la palabra, que la castidad es virtud esencial para todos –hombres y mujeres, jóvenes y adultos–, y que cada uno ha de vivirla de acuerdo con las exigencias del estado al que le llamó el Señor; «es exigencia del amor. Es la dimensión de su verdad interior en el corazón del hombre»⁶, y sin ella no sería posible amar, ni al Señor, ni a los demás.

La lealtad a nuestros compromisos de hombres y mujeres que siguen a Cristo, la fortaleza y el indispensable sentido común han de llevarnos a actuar con sensatez, a evitar las ocasiones de peligro para la salud del alma y para la integridad de la vida espiritual: a dejar de oír o ver determinados programas de radio o televisión, cuando sea necesario; a guardar los sentidos; a no participar en una conversación que rebaja la dignidad de los presentes y, en muchos casos, a cambiar su curso; a no descuidar los detalles de pudor y de modestia en el vestir, en el aseo personal,

en el deporte; a no asistir a lugares que desdichan de un buen cristiano, aunque estén de moda o asista la mayor parte de nuestros compañeros; a manifestar, sin complejos, la repulsa ante espectáculos obscenos... Conviene recordar que la palabra «obsceno» procede del antiguo teatro griego y romano, y significaba aquello que, por respeto a los espectadores, *no debía representarse en la escena*, por pertenecer a la intimidad personal: incluso esa civilización pagana –que tenía normas morales tan relajadas– entendía que hay cosas que no son para hacer delante de otras personas.

Quizá, en algunas ocasiones, no sea fácil vivir como buenos cristianos en ambientes que han perdido el sentido moral de la vida, pero el Señor nunca nos prometió un camino cómodo, sino las gracias necesarias para vencer. Dejarse arrastrar por respetos humanos o por miedo a parecer poco naturales, con una «naturalidad pagana», revelaría una personalidad débil, vulgar, y, sobre todo, poco amor al Maestro.

III. Desde el fondo del corazón humano es desde donde el Espíritu Santo quiere hacer surgir la fuente de una vida nueva, que penetra poco a poco en el hombre entero. De esta manera, la pureza interior, y la virtud de la castidad en particular – *pureza*, en castellano, y en otros idiomas, se identifica con la virtud de la *castidad*, aunque en sí misma abarca un campo más amplio⁷–, es una de las condiciones necesarias y uno de los frutos de la vida interior⁸. Esa pureza cristiana, la castidad, ha sido desde siempre una gloria de la Iglesia y una de las manifestaciones más claras de su santidad. También ahora, como los primeros cristianos, muchos hombres y mujeres en medio del mundo –sin ser mundanos– procuran vivir la virginidad y el celibato *por amor del Reino de los Cielos*⁹; y una gran muchedumbre de esposos cristianos –padres y madres de familia– viven santamente la castidad según su estado matrimonial. Unos y otros son testigos de un mismo amor cristiano, que se adecúa a la vocación de cada uno, pues, como enseña la Iglesia, «el matrimonio y la virginidad y el celibato son dos modos de expresar y de vivir el único Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo»¹⁰.

Nosotros, cada uno en el estado –soltero, casado, viudo, sacerdote– en que ha sido llamado, pedimos hoy al Señor que nos conceda un corazón bueno, limpio, capaz de comprender a todas las criaturas y de acercarlas a Dios; capaz de una bondad sin límites para quienes acuden, quizá rotos por dentro, pidiendo y a veces mendigando un poco de luz y de aliento para salir a flote. Nos puede servir ahora, y en muchas otras ocasiones, a modo de jaculatoria, la petición que la Liturgia dirige al Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés: «Limpia en mi alma lo que está sucio, riega lo que es árido, sin fruto, cura lo que está enfermo, dobliga lo que es rígido, calienta lo que está frío, dirige lo extraviado... »¹¹.

Y junto a la petición, un deseo eficaz de luchar y de poner empeño en que el corazón no quede nunca manchado: no solo por pensamientos y deseos impuros, sino tampoco por no saber perdonar con prontitud; hagamos el propósito de no guardar rencor ni agravios a nadie y bajo ningún pretexto; procuremos por todos los medios evitar los celos, las envidias..., cosas que manchan y dejan con tristeza y en tinieblas el alma. Amemos el sacramento de la Confesión, donde el corazón se purifica cada vez más y se hace grande para las buenas obras.

Nuestra Madre Santa María, que estuvo llena de gracia desde el momento de su concepción, nos enseñará a ser fuertes si en algún momento fuera más costoso mantener el corazón limpio y lleno de amor a su Hijo.

1 Mc 7, 1-8. — **2** Cfr. *Sal* 24, 3-4. — **3** Cfr. JUAN PABLO II, *Audiencia general* 10-XII-1980. — **4** Cfr. CONC. VAT. II, Decl. *Dignitatis humanae*, 1. — **5** J. ORLANDIS, *8 Bienaventuranzas*, pp. 114-115. — **6** JUAN PABLO II, *Audiencia general* 3-XII-1980. — **7** ÍDEM, *Audiencia general*, 10-XII-1980. — **8** Cfr. S. PINCKAERS, *En busca de la felicidad*, pp. 141-142. — **9** *Mt* 19, 12. — **10** JUAN PABLO II, Exhor. Apost. *Familiaris consortio*, 16. — **11** Cfr. MISAL ROMANO, *Misa del día de Pentecostés*. Secuencia.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.